



Este es el interior de la sima de Tximua, a 160 metros bajo el subsuelo de las sierras de Urbasa y de Andía. Su interior mide unos 100 metros de ancho por 40 de alto y 22 de ancho.

JESÚS CASO

Los primeros pasos, aún en horizontal, sirven para que la retina se acostumbre a la penumbra y que la luz del frontal sea más que suficiente para desenvolverse con cierta soltura entre un sinfín de bloques apilados de forma caótica que van configurando un tobogán hacia el interior de la tierra.

Los bloques apilados de mil formas diferentes bien podrían ser sillares de una fortaleza demolida tras un ataque con catapultas. Eso sí, para avanzar hacia el interior de la tierra hay que ayudarse de manos, pies e incluso sentarse y arrastrarse para buscar un mejor apoyo sobre las piedras calizas húmedas y en alguna ocasión resbaladiza.

Luis Moyá, geólogo de la Sociedad de Ciencias Naturales Gorosti, y que hizo un estudio específico de esta sima, explica que esta sima se encuentra en la falla de Lizarraga: "Este subsuelo es calizo. Se generó a partir de planos de fracturas, fisuras naturales y fallas por las que circula el agua, que por efecto de la gravedad disuelve en su camino a las calizas. Por la reacción química que produce el ácido carbónico".

Según Moyá, esta cueva, al igual que las sierras de Urbasa y Andía, se formaron en el paleoceno-eoceno medio, hace unos 55 millones de años. Es más, en esta época esta zona de Navarra estaba cubierta por el mar.

Los haces de luces de los frontales iluminan un paisaje kárstico. Son bloques de piedras amontonados unos sobre otros que conforman una escalera natural de unos 75 grados de inclinación. El espacio para desenvolverse por las rocas es bastante amplio. "En algunas cuevas el paso es tan estrecho que tienes que llegar a acompasar tu respiración a tus movimientos para poder pasar", explica Óskar Latasa.

En el interior de la cueva, y sin referencias de relojes, se pierde la noción del tiempo y del espacio. No hace frío. Al contrario. El continuo movimiento hace que la temperatura sea agradable. Sólo al detenerse se siente cierto frío. Aquí ya se ven piedras en forma de lápiz cuyo diámetro oscila en-

tre unos pocos centímetros y el metro.

Otro de los accidentes tectónicos que afectó a esta sima es la falla de Pamplona, causante de buena parte de los terremotos vividos durante la primera mitad de este año y que aún provoca algún terremoto. Óskar Latasa, sin embargo, aclara que los últimos terremotos no afectan a la espeleología: "El interior de una montaña es igual que el exterior. Puede haber un bloque que sufra algún desprendimiento, pero en general, no los notamos", cuenta.

Una gran sala abovedada

Cuando parece que ya es imposible seguir avanzando por culpa de una pared, un angosto agujero de apenas un metro cuadrado permite continuar la marcha. Y no sólo eso. Esta especie de escotilla de submarino es la puerta de entrada a una gran sala abovedada de proporciones superiores a las de la mezquita de Santa Sofía en Es-

tambul (su cúpula tiene un tamaño 31 metros de diámetro por 55 de alto).

Esta gran construcción natural, oculta a 160 metros del subsuelo, mide unos 100 metros de alto, por 40 de ancho, y 22 de ancho. La visión es espectacular. Sobre el techo cuelgan estalactitas y estalagmitas por millares, y justo en el fondo, hay un lago de agua tan clara y cristalina (tiene menos de medio metro de profundidad) como la que podría aparecer en cualquier anuncio publicitario de una playa paradisíaca del Caribe. Ese agua está fría, a unos seis grados aproximadamente.

Uno de los miembros de la Federación de Espeleología propone a los dos periodistas un experimento. Apagar la luz de los frontales y permanecer unos segundos en silencio. Sin la luz del casco, la penumbra es total. Las pulsaciones suben. El primer pensamiento es cómo salir de ese laberinto de piedras a 160 metros bajo la tierra sin caer. Después, inmóvil, el único sentido

que permanece en alerta es el oído. Se escucha el constante goteo del agua que se filtra por las piedras calizas.

Después, toca volver a la superficie. Toca ascender por ese tobogán de piedras, hasta que por fin, aparece la luz. Tras deshacer el camino, el último obstáculo es subir por 'la chimenea' de 20 metros. De nuevo, gracias a los aparatos técnicos (se utilizan un *crill* y un *yumar*), avanzar en vertical hacia la salida resulta incluso divertido, aunque el desgaste físico pase factura. Ya fuera de la sima, sobre la pradera del alto de Lizarraga, y cuando se recupera la horizontalidad, cuando ya no hay que sortear obstáculos, y el paso ya no parece el de un bebé que aprende a andar de manera titubeante, en la retina permanece el recuerdo del descenso y el sentimiento de haber sido durante las tres horas que dura la travesía el protagonista de una de las novelas de Julio Verne: *Viaje al centro de la tierra*.



De izquierda a derecha, Isaac Álvarez Carpintero, Rocío Herrero García, Zuriñe Fernández Zurbano, Sergio Marqués Paniagua, Óskar Latasa Zugasti y Sergio Martínez Díaz, del club de espeleología Otxola, y miembros de la Federación Navarra de Espeleología.

JESÚS CASO

CLAVES

1 **Cómo empezar a hacer espeleología.** La Federación Navarra de Espeleología imparte todas las primaveras, o cuando hay un número suficiente de personas interesadas cursos de iniciación. Para obtener más información está disponible la página web <http://www.fn-espeleo.com/>

2 **Federación de espeleología.** En Navarra hay unos 150 federados. En la Comunidad foral hay cerca de 3.000 simas.